LA AVELLANEDA Y SUS VERSOS

CONCLUSIÓN

X

Tócanos tratar ahora de la más admirable producción dramática de la poetisa, de su célebre obra *Baltasar,* en cuatro actos y en verso, representada por primera vez en el teatro de Novedades el día 9 de abril de 1858. Grandes dificultades hubieron de vencerse para la representación, pues el vestuario y el decorado, el lujo y esplendidez imperiosamente requeridos por aquel «drama oriental», como le tituló su autora, si había de lograrse el máximo efecto y obtenerse la sensación de fastuosidad y de grandeza, parte esencial en el plan y en la concepción de la obra, eran graves obstáculos que no fué empresa fácil allanar. Conjuráronse, sin embargo, y el drama fué representado con propiedad irreprochable. Los reales jardines babilónicos desplegaron ante los ojos del espectador sus bellísimas fuentes, obeliscos y estatuas; ricos pebeteros elevaron en la escena sus perfumadas espirales; cojines primorosos, mobiliario oriental, precisión histórica en arquitectura, costumbres y detalles de todo género llevados a la más extrema minuciosidad, armonizaron con el rico vestuario judío y babilónico, y, singularmente en la escena del festín, derrochóse el lujo y la riqueza como pocas veces o ninguna se había visto hasta entonces en las tablas. El anuncio del estreno y las noticias que del drama corrían, provocaron gran expectación y curiosidad que llenaron el teatro de bote en bote, contándose los Reyes entre los asistentes.

El éxito fué enorme. El público, puesto en pie, aclamó con entusiasmo a la autora; inundóse de flores y coronas el escenario; representóse el drama cincuenta noches seguidas; se tradujo al francés y al italiano. Los actores (señoras Rodríguez y Martín y señores Valero, Calvo, Zamora, Bermonet y otros), contribuyeron en una buena proporción al triunfo logrado haciendo una labor esmeradísima. La crí-

tica, por su parte (Alarcón, D. Severo Catalina, Valera, etc.) confirmó rotundamente el fallo del público, en los términos más halagadores para la autora, y el genio de Gertrudis hizo enmudecer por aquellos días a sus más enconados enemigos.

El drama, en efecto, es una de las joyas del teatro español, injustamente preterida y olvidada. En punto a versificación tiene primores como la siguiente paráfrasis de Jeremías con que comienza la obra:

¡Cuán triste y solitaria
de cien provincias la ciudad señora!
La que ayer reina, hoy viuda y tributaria,
su duelo ostenta y su baldón devora.
Luto visten sus valles:
no hay en las aras de su Dios ofrendas;
la yerba crece en sus desiertas calles
y guarda muda soledad sus sendas.
....
Llegará tiempo en que del pueblo mío,
—dice el Señor—, escucharé las preces,
y su cáliz fatal romperé pío
antes que apure las postreras heces.
¡Oh Virgen de Judá! ¡Detén el llanto
y suspende la voz de tus gemidos,
que aún se unirá tu jubiloso canto
del címbalo y salterio a los sonidos!

Baltasar, hastiado misántropo, víctima del terrible mal de poseerlo todo, buscando una emoción placentera o dolorosa que le saque del *no ser,* es una figura gigantesca, presentada con toques valientes y seguros. Elda y Rubén, menos humanos y más convencionales, son, sin embargo, caracteres sostenidos y creaciones poéticas de gran belleza. Una sola figura—la del profeta Daniel—no está quizás a tono con las exigencias de su carácter sobrenatural e inspirado, ni con la perfección acabada del conjunto.

El poderoso monarca, sacudido de su inacción agotadora por la resistencia que a su capricho opone Elda, la hermosa judía, siente la posibilidad de volver a ser hombre, concibe la esperanza de vivir, y cuando se interpone en su camino Rubén, el amante y el amado de Elda, gózase también en los apóstrofes que éste le dirige y en la increible actitud del enamorado judío retando al formidable poder del déspota:

BALTASAR Quién soy ignoras?
RUBÉN. No; ¡te conozco bien! Sé que a tu frente
ciñes una corona que desdoras
y no sabrías defender valiente.
Sé que sin gloria, sin virtud, sin brío,
cansado de tí propio, entre perfumes,
tu inútil vida, cual mujer consumes,
mísera presa de infecundo hastío.
Sé que a la ley de tu capricho loco
viendo postrado un pueblo envilecido,
la inmensa humanidad tienes en poco
y hasta de Dios blasfemas descreído.

Cuando el déspota irritado castiga y amenaza al pueblo judío, mancilla sus aras y lleva los vasos sagrados al profano festín; cuando las palabras augures centellean fatídicas en el muro y Daniel descifra su terrible significado, el drama adquiere singular y religiosa elevación, que hace del cuadro una obra única en matiz, grandiosidad y efecto dramático.

La crítica ha encontrado en *Baltasar,* analogías y coincidencias con el Sardanápalo de Byron; pero esto en nada menoscaba el mérito de la escritora que puso en toda la obra su sello propio y personal. «Baltasar dice a este propósito Menéndez y Pelayo—, es obra maestra, no sólo por la ejecución brillantísima a la vez que madura y reflexiva, sino por la profundidad del pensamiento histórico y por la grandeza misantrópica del personaje principal, que puede ser hermano o pariente del Sardanápalo byroniano, pero que de fijo no es trasunto de él. Sardanápalo, epicúreo elegante, *dandy* trágico, como otros héroes de Byron y como Byron mismo, es en la tragedia inglesa el símbolo de la degeneración todavía interesante de una grande y generosa raza, en que el valor no se extingue sino que por intervalos chispea y arroja lumbres, prestando a los mismos vicios aspecto de elegancia y nobleza. Pero Baltasar es más solemne trágica y expiatoria figura; es una especie de *ateista místico* como notó Valera: encarna de un modo más alto el hastío y el pesimismo románticos, que enervan e incapacitan para la acción; y es a un tiempo representación simbólica del Oriente decrépito y de la humanidad sin Dios. Todo el drama se cierne en una esfera casi mística y una especie de terror religioso embarga el ánimo, viendo patente el cum-

plimiento de la justicia providencial. El vigor del estilo corresponde generalmente a la sublimidad de la concepción».

Bien lejos estaba de pensar Gertrudis cuando el público se entusiasmaba con su obra y la crítica se deshacía en hipérboles y elogios de todo género lo pronto que esta satisfacción iba a ser amargada por un trágico suceso, originado a lo que parece como consecuencia del mismo éxito de *Baltasar*. El día 14 del dicho mes de abril, al dirigirse su esposo D. Domingo Verdugo al Congreso, donde a la sazón atacaba briosamente a uno de los grupos moderados, fué acometido alevosamente por un individuo y gravemente herido de una estocada que le atravesó el pulmón y le tuvo en sufrimiento casi continuo todo el resto de su vida. Sobre este suceso, que tuvo resonancia grandísima y ocupó a la prensa de toda España, corrieron numerosas y variadas versiones, todas las cuales juzgaban el atentado como una consecuencia de las campañas políticas de Verdugo, que siempre fué en su partido hombre de acción y figura principal. Obedeció, no obstante, a lo que parece, a las enemistades literarias de su esposa, como lo da a entender el señor Cotarelo (1) afirmando que este interesante episodio no ha sido aún narrado como merece. A esta clase de motivos lo atribuye también D. J. Nombela en el tomo II de sus *Impresiones,* dando una curiosa versión del suceso, que repro ducimos dejando a su autor la responsabilidad del relato.

Según el señor Nombela existía por aquel tiempo en Madrid un aprovechado sujeto llamado D. Antonio de Rivera, que tiraba un puñado de ejemplares de un periodiquillo venal con el que explotaba y amedrentaba a políticos, banqueros y personas de posición.

«Este periodista vividor, que no sabía escribir—dice el señor Nombela—teniendo que valerse para redactar su periódico de los que inteligentes, pero pobres, se conformaban con un salario de ocho a diez duros al mes, no siempre cobrados a tiempo, censuró en letras de molde el drama *Baltasar,* sin duda por no salirle bien alguna cuenta, y al ver que los interesados despreciaron sus censuras y que la exigua publicidad de su diario no podía hacerles daño resolvió conseguir su propósito por otro medio. No sé cómo logró penetrar en un palco platea de las más próximas al proscenio del teatro Novedades, llevó en su talego un gato blanco, y en una de las situacio-

(1) En su citado artículo *Examen de libros.*

nes más dramáticas de la obra, soltó al animalito, que, al recorrer rápidamente el escenario, hizo reir al público, malográndose el efecto de la escena. Aunque Rivera desapareció en seguida, no faltó quien le viera y le conociese. La autora y más aún su marido, se indignaron. El público reaccionó, como era de esperar, aplaudió con mayor entusiasmo para que se perdonase su involuntaria irreverencia y la cosa no habría pasado adelante si al día siguiente no se hubieran encontrado en la calle del Carmen el caballeroso D. Domingo Verdugo y el desahogado Rivera. Natural era que el esposo de la dama ofendida, de la autora ultrajada, increpase al autor del ultraje y censurase con indignación su conducta. Aún no había acabado de hablar el señor Verdugo cuando, según refieren los que presenciaron la escena, Rivera, que llevaba un bastón de estoque, hundió el arma en el pecho de aquel hombre indefenso, atravesándole un pulmón, según se vió después. Cayó el herido frente a una de las casas que hay en la acera de la izquierda entrando por la puerta del Sol, entre las calles del Candil y Rompelanzas... Durante los cuarenta días que tardó en quedar fuera de peligro, no dejé una sola noche de ir a velarle y asistirle, acompañado de otros amigos que alternaban con el dueño de la casa y conmigo en aquella obra de afecto y caridad. La convalecencia, fué, en efecto, larga; cuando fué posible abandonaron aquella hospitalaria casa, y no recuerdo a qué ciudad de Andalucía se trasladaron para que el enfermo se restableciese por completo».

Puede juzgarse del dolor y la consternación de Gertrudis y de los ratos que hubo de proporcionarla el cuidado y asistencia de su esposo bajo un techo extraño y en condiciones, por ello, harto difíciles y penosas. Pero el mal de la soledad que tan rudamente complicó sus penas en la muerte de su primer esposo, no la afligió ciertamente en esta ocasión, en que todo Madrid, los Reyes inclusive, acudió a informarse de la salud de Verdugo y a ofrecer a la escritora valimiento y ayuda, al extremo de afirmar Enrique Gil que al día siguiente del atentado iban inscritos *cinco mil nombres* en las listas colocadas en la casa de la poetisa cuando él acudió a inscribir el suyo.

Entró, por fin, Verdugo en la convalecencia, aunque con toda lentitud y dificultad, y pudo hacer con Gertrudis, en busca del resto de su malparada salud, un viaje a los Pirineos, de donde al cabo de poco tiempo regresaron a España por Perpiñán, pasando una temporada en Barcelona. Tanto en esta capital como en Valencia, a donde poco

después se trasladó el matrimonio buscando un clima adecuado para la salud del convaleciente, vióse Tula incesantemente agasajada con músicas, veladas y aclamaciones, representaciones de sus obras y toda clase de actos de admiración y homenaje. Pero la salud de su esposo no acababa de restablecerse y afirmarse, inspirándola serios cuidados.

XI

En el año 1859 fué designado el general D. Francisco Serrano para el mando superior en la Isla de Cuba, e invitó con amistosa insistencia al coronel Verdugo (que había perdido su cargo en Palacio en 1856, a la caída del Gabinete O'Donnell), a que le acompañara. El matrimonio deliberó seriamente sobre el asunto. La proposición era notablemente ventajosa para el coronel; halagaba por otra parte a Gertrudis la idea de volver a su patria con un nombre glorioso que ofrecerla y cubierta de laureles ganados en lides honrosísimas; esperaba también que el clima tropical conviniera a la delicada salud de Verdugo. Pero había, sin embargo, en el negocio sus puntos negros y sus dificultades, de los cuales el mayor era tener Tula que separarse probablemente para siempre, de su anciana madre, paralítica desde 1854.

Triunfó de todo la seducción de la patria lejana, y más especialmente, justo es consignarlo, la esperanza puesta en la anhelada mejoría del enfermo. Y el viaje a Cuba fué emprendido en el mes de noviembre y la hermosa Antilla abrió gozosa sus brazos y se estremeció de placer al regreso de aquella su hija predilecta, que de modo tan sigular la honraba y enaltecía.

Sutil y peregrino encanto debió de sentir la poetisa, rememorando los días de su infancia. Plátanos y piñas y palmeras, canto de sinsontes, penetrantes olores del cedro y la caoba, cerradas espesuras de cañas y cafetales, trazos de fuego de los cocuyos en la noche... Toda la belleza tropical desplegaba en espléndido abanico su tesoro opulento y Tula no se cansaba de admirarlo, ni de recoger avara viejas memorias y recuerdos queridos. Pero la hermosa Cuba no había de conformarse solamente con dejarla volver a contemplar las maravillas de su espléndida naturaleza. Llovieron sobre la poetisa serenatas, veladas y conciertos, laureles y agasajos de todo linaje y condición,

y convirtióse su vida en una incesante apoteosis, que alcanzó su cenit en la coronación solemne que, a imitación de la de Quintana en el Senado, dispuso en el Gran Teatro de Tacon el Liceo de la Habana para la noche del 27 de enero de 1860. Vióse allí reunido cuanto de exquisito y selecto contaba la sociedad habanera; engalanóse el teatro con guirnaldas y jarrones de flores; invitóse a tomar parte en el acto al gran pianista americano Gottschalk, al célebre violinista White y a algunas tiples, también celebridades afamadas. En el escenario, convertido en precioso salón vestido de damasco carmesí, en cuyo testero campeaba un retrato de la Reina, tomaron asiento el Presidente, Junta Directiva del Liceo, distinguidas damas y otras personalidades importantes.

Tras un discurso adecuado a las circunstancias, del Director general del Liceo D. José Ramón de Betancourt, lecturas de poesías y números de canto, el Presidente pasó a manos de la Condesa de Santo Venia y de doña Luisa Pérez de Zambrana, la corona, obra del artista Fermo Campiglio, en la que se leía esta inscripción: *El Liceo de la Habana a Gertrudis Gómez de Avellaneda. Enero de 1860.* Las damas la colocaron en las sienes de la poetisa, mientras los acordes de un himno, cantado por un coro, llenaban la sala.

Lucidísimo, en fin, y solemne sobre toda ponderación resultó este acto, del que se acuñó una medalla conmemorativa, repartiéndose también profusamente un retrato de la escritora. Más detalles del acontecimiento pueden verse sin hablar del libro *De la Avellaneda*, de D. J. Rodríguez García (Habana, 1914), en la «Adición» de Enrique Gil, que figura al frente de las *Obras,* donde se transcribe la reseña de la fiesta, que escribió para la memoria publicada por el Liceo el publicista cubano señor Balmaseda.

La poetisa recorrió después triunfalmente Puerto Príncipe, Matanzas, Cienfuegos y otros puntos. En todos ellos reprodujéronse los homenajes y las fiestas; la agradecida patria no se cansaba de honrar a la más ilustre de sus hijas.

Cuatro años duró la permanencia en Cuba de Gertrudis. Su vida y su labor durante ese tiempo pueden conocerse por el libro *De la Avellaneda,* ya citado, del Sr. Rodríguez García. Ni en una ni en otra hay nada singularmente notable (1), si se exceptúa la muerte en

(1) En la Habana fundó y dirigió en 1860 la revista quincenal literaria *Album cubano de lo bueno y lo bello.*

Pinar del Río del coronel Verdugo, que venía viviendo milagrosamente con el pulmón destrozado. Unas calenturas propias de aquellos climas hicieron presa en su naturaleza agotada y dejaron otra vez a Gertrudis en la sombras de la viudez. Su madre también había muerto. La soledad volvía a presentar a la poetisa su amarguísimo cáliz...

Con uno de sus hermanos, deseoso de brindar alguna distracción al espíritu conturbado de la escritora, se embarcó Gertrudis para los Estados Unidos a primeros de mayo de 1864, visitando el Niágara, al que dedicó una bella poesía. Y a mediados de julio emprendió el viaje a Europa en el vapor *Escocia* de la línea inglesa.

Rendido y agobiado salió de estas últimas batallas el espíritu de Tula. Acarició entonces la idea de buscar en la paz del claustro el deseado reposo; idea que no la abandonó en mucho tiempo, aunque nunca llegó a verse realizada. «Mi bello ideal,—escribe en 1866 en una carta a *Fernán Caballero,*—es acabar en un convento esta triste vida. Si no he intentado ya hace tiempo realizar tal deseo, es quizá por miedo de perder mi última ilusión, mi última esperanza de felicidad en la tierra» (1).

Después de desembarcar en Liverpool y de pasar algunos meses en Londres y en París, volvió a Madrid en octubre y tras una estancia brevísima en la corte fijó su residencia en Sevilla, en una casa de campo de su propiedad. Allí preparó la edición de sus *Obras,* cuyo primer volumen vió la luz en 1869; obras llamadas completas, aunque distan mucho de serlo, entre otras razones porque por el mal estado de su salud no llegó Gertrudis a publicar el tomo sexto, a pesar de que en el prospecto estaba anunciado. Felizmente la edición preparada en la Habana para honrar el centenario de la escritora, subsana este mal y ofrece a los admiradores de la poetisa una colección excelente de todas sus obras.

En Sevilla permaneció cuatro años, aunque haciendo algún viaje a París y Madrid. Al final de ellos fijó en la corte definitivamente su residencia.

En la ciudad andaluza tuvo por esta época Gertrudis trato cortés y afectuoso con otra mujer insigne a quien hace poco nombrábamos: Cecilia Bohl, o *Fernán Caballero,* que herida en el alma desde el

---

(1) Piñeyro. *El romanticismo en España.*

suicidio de su esposo y cansada de la literatura, dedicábase casi exclusivamente a la práctica del bien y a pedir a sus amigos obras de caridad y de justicia en beneficio de los desamparados. Pero, espíritus distintos, la escritora cubana y la autora de *Clemencia* no fraternizaron ni se entendieron, aunque las unieran los vínculos literarios, además de los de una exquisita educación.

En las interesantísimas *Cartas* de Fernán Caballero, publicadas por el P. Valencina (Madrid, 1919), hay curiosos testimonios de ello. También pueden verse en la correspondencia entre Fernán y el crítico Cañete, publicadas por el autor de estas líneas en 1922 (1), cuyo original se conserva en la Biblioteca de Menéndez Pelayo.

XII

Ya que en diferentes lugares de este ensayo hemos hablado de los dramas y poesías de Gertrudis, vamos a completar brevemente nuestra impresión sobre la obra de la escritora, fijándonos en algunos importantes aspectos de ella, que de intento hemos reservado para este lugar.

En la poesía *La noche de insomnio y el alba,* y en otros sitios, muéstrase la poetisa gentilmente innovadora, introduciendo en la lírica castellana metros hasta entonces desconocidos en ella o empleados con escasa fortuna. Sobre este particular, merecedor por sí sólo de estudio serio y detenido, no podemos descender a detalles ni análisis minuciosos. Sólo diremos, por tanto, que no pocos de los metros ofrecidos como sorprendente novedad a sus lectores por los vates modernistas y decadentes, llevaban ya medio siglo bien corrido ocupando un lugar en las poesías de Tula. Veánse, por ejemplo, los conocidos versos de Rubén Darío:

¡Los bárbaros, Francia; los bárbaros, cara Lutecia!

y compárense con estos de Gertrudis:

La luz esplendente del astro fecundo del día,
se apaga y sus huellas aun forman hermoso arrebol;
mas ¡ay! cuando al alma le llega su noche sombría,
¿qué guarda del fuego sagrado que ha sido su sol?

---

(1) *Epistolario de Fernán Caballero. Una colección de cartas inéditas de la novelista,* publicada por Alberto López Argüello, con prólogo y notas del mismo autor. Barcelona, 1922.

Como este ejemplo pudieran citarse otros muchos que en obsequio a la brevedad omitimos, para hablar, siquiera sea sucintamente, de las poesías religiosas de la Avellaneda, que constituyen «sección riquísima» de sus versos, como las llama Menéndez y Pelayo, y en donde seguramente se encuentran las notas más inspiradas y bellas de su lira. Es ello natural consecuencia de la profunda fe católica de la escritora, de su ortodoxia nunca desmentida y siempre practicada con una sencillez de espíritu y una limpieza de corazón que sólo pueden ser patrimonio de convencidos y don especial de la Gracia. Nada tiene que ver su catolicismo con la romántica devoción a las arcadas góticas, y a las nubes de incienso, y a los sones del órgano, y a la grave y silenciosa procesión de los monjes por el claustro conventual. Su Religión no es para ella solamente la Belleza; es, ante todo y sobre todo, la Verdad; y este convencimiento es el que caldea y vivifica sus versos, prestándoles su máxima seducción. Nada de extraño tiene por ello que el P. Blanco García, juzgue más espontáneos y sinceros los versos religiosós de Gertrudis que los de Lamartine y Zorrilla, aunque en éstos, singularmente en el último, haya notas y momentos de verdad innegable.

Si de la fe y ortodoxia de Gertrudis se necesitaran pruebas «en prosa», bastaría mirarla en todos los momentos trágicos o difíciles de su vida para encontrarla siempre orientada hacia la Cruz a través de sus amadas creencias católicas. De la naturaleza de sus sentimientos en este orden de asuntos suministran las cartas a Cepeda testimonios elocuentísimos. «Créeme–le dice refiriéndose a la Religión–, las almas elevadas no pueden vivir sin ella; necesitan esa escala divina para remontarse fuera de la tierra».

En otro lugar escribe: «Si andas a caza de peregrinas ideas, las mías no te satisfarán; pero yo estoy muy contenta con ellas, muy contenta: ellas han sido el áncora que he encontrado en este proceloso océano de la vida, en que tantas tempestades han turbado mi juventud: ellas son mi esperanza para los años de la vejez. Yo que como Salomón puedo decir, *he examinado y juzgado cuanto existe bajo el sol y he visto que todo es vanidad;* yo que nada he poseído que me satisfaciera, y que he conocido que existía una distancia inmensa entre el vacío de mi corazón y los goces de la vida humana; yo que no anhelaba gozar, sino saber, esperar y amar... yo, repito, he visto asombrada que esas creencias sencillas, al alcance del vulgo,

pueden lo que no han podido ni el amor, ni la gloria mundana, ni los esfuerzos de la inteligencia; han llenado aquel vacío; me han enseñado la ciencia mayor; me han alumbrado con la luz de una esperanza más grande que mi propia ambición».

Fe tan acendrada y robusta no podía menos de clavarse como dardo de oro en sus poesías religiosas, saturándolas de grandeza y de verdad, ya imite la poetisa, como hace con frecuencia, el estilo de los cantores bíblicos, ya se refugie en un misticismo más hondo, sintiendo la nostalgia del amor divino, puerto y descanso del alma fatigada. En ambos géneros, el homenaje de su genio parece subir recto a los cielos como el humo del holocausto de Abel, porque el amor y la verdad le engendran y le inspiran.

Llegó mi grito al cielo
aunque de alzarse a tal altura indigno...
llegó mi grito al Dios de mi consuelo
que le escuchó benigno.
Lo escuchó; vió mi afrenta
desde la majestad de su almo trono,
y de prolijos males le dí cuenta,
gimiendo en mi abandono.
Protector de mi vida
se hizo al punto mi Dios; se alzó indignado
y yo el alma sentí fortalecida
por su soplo sagrado.
Bajo sus pies las nubes
se desplegaron, cual alfombra inmensa;
y en alas de los fúlgidos querubes
descendió a mi defensa.
¡Cual al mirar su saña
tembló medrosa la terrestre esfera
rodando de su asiento la montaña
como líquida cera!...
¡Cual volvió las espaldas
mi enemigo cruel de espanto lleno!...
Mas, como niño a las maternas faldas
yo me acogí a su seno.

Ya en estos versos se advierte que quien de modo tal se asimila los sublimes conceptos, la majestad y belleza de los libros sagrados, no puede ver en ellos solamente modelos literarios excelsos; por ello el lector no se sorprende cuando en la *Dedicación de la lira a Dios,*

vibrando la inspiración de la escritora con nota más íntima y subjetiva, arranca del fondo de su alma místicos anhelos, llenos de unción y de verdad.

Soy un gusano del suelo
cuyo anhelo
se alza a tu eterna beldad;
soy una sombra que pasa,
mas se abrasa
ardiendo en sed de verdad.
Soy hoja que el viento lleva,
pero eleva
a Tí un susurro de amor...
Soy una vida prestada,
que en su nada
tu infinito ama, Señor.
Soy un perenne deseo
y en tí veo
mi objeto digno, inmortal.
Soy una inquieta esperanza
que en Tí alcanza
su complemento final.

Llegamos al final de nuestra labor y es hora de resumir en breves líneas cuanto disperso y sin orden queda escrito en otros lugares. La Avellaneda es una de las glorias más excelsas del Parnaso español y la primera y más indiscutible figura del cubano. Críticos como Menéndez y Pelayo y Valera lo afirman y razonan. No cede a ninguno de los románticos, Espronceda inclusive, en inspiración, valentía y brío de la expresión; en corrección y dominio de la forma los aventaja a casi todos. Largamente ha sido discutido el tema de si Gertrudis fué poeta o poetisa, y en tanto que unos críticos niegan en absoluto que se vislumbre su condición de mujer a través de sus obras literarias, otros afirman que fué mujer y muy mujer, y que precisamente lo femenino es el alma de sus mejores obras.

Sobre ambas tesis se ha escrito largo y tendido, y nosotros no hemos ya de mostrarnos parte en este pleito, que se nos antoja harto delicado y difícil, y quiza planteado de manera falsa, imprecisa y convencional. El lector juzgará por sí y admitirá la conclusión que más le satisfaga. Lo que no parece que pueda ser admitido, sea cualquiera el sexo literario que se adjudique a la escritora, es la radical afirmación del señor Piñeyro al decir que «las lágrimas no enturbia-

ron sus ojos, ni el verdadero amor avasalló su alma» (1), sobre todo después de la lectura de las cartas a Cepeda, que Piñeyro desconocía.

Tampoco parece muy fundada la apreciación de don Juan Valera, acerca de la «poca resonancia» que tienen las cuerdas del patriotismo en la lira de la Avellaneda (2). Despidióse la escritora de su tierra nativa en un bello soneto que el lector conoce; cantóla al volver en el romance *La vuelta a la patria,* y durante su ausencia son tan inspirados como numerosos y frecuentes los recuerdos y alusiones que en sus composiciones la dedica. Con una evocación de su país comienza Gertrudis la oda leída en la coronación de Quintana, y en la poesía *A mi jilguero* escribe:

Que triste, cual tú, vivo
por siempre separada
de mi suelo nativo...
¡de mi Cuba adorada!
No ya jilguero mío,
veré la fértil vega
que el Tínima sombrío
con sus cristales riega;
ni en las tardes serenas
tras enriscados montes
disipará mis penas
la voz de sus sinsontes.
Ni harán en mis oídos
arrullo al blando sueño
sus arroyos queridos
con murmullo halagüeño...

Al acaecer la muerte de Heredia, dedicó Gertrudis al cantor cubano una de sus más inspiradas y bellas poesías, a la que corresponden estos versos:

¡Patria! ¡númen feliz! ¡nombre divino!
¡ídolo puro de las nobles almas!
¡objeto dulce de su eterno anhelo!
Ya enmudeció tu cisne peregrino...
¿Quién cantará tus brisas y tus palmas,
tu sol de fuego, tu brillante cielo?...

---

(1) Véase el artículo *La muerte de la Avellaneda* en el libro Piñeyro *Estudios y conferencias de Historia y literatura.* Nueva York, 1880.

(2) *Florilegio de poesías castellanas del siglo XIX.* Tomo 5.º

En otros muchos lugares de sus composiciones, acredita, en fin, la poetisa, su amor constante y fervoroso a su patria, a la que dedicó la colección de sus *Obras* comenzada en 1869.

El día 2 de febrero de 1873 un modestísimo entierro partía, camino de la última morada, desde la casa núm. de la calle de Ferraz. Ni carroza opulenta, ni pompa religiosa, ni séquito lucido y numeroso, anunciaban en él la muerte de persona de calidad; convidaba, por el contrario, a severa meditación sobre la vanidad de la existencia, la soledad y el desamparo de aquel féretro, en cuyo acompañamiento no llegaban a contarse diez personas (1). Aquel era, sin embargo, el entierro de doña Gertrudis Gómez de Avellaneda, y aquella la ingratitud y el abandono de los que tantas veces alfombraron de laureles el camino de la poetisa, cuando ella se encontraba en el esplendor de su genio y de sus triunfos y era gala y honor llamarse su amigo. Sola y enferma en sus últimos años, su muerte pasó casi inadvertida; de literatos, únicamente don Luis Vidart y don Juan Valera asistieron al entierro.

Quizá la poetisa en sus postreros instantes sintió subir intensamente a sus labios el amargor de la hiel del abandono y del olvido. Y quizá también en este trance, al dirigir la última mirada de súplica y angustia a Aquel que tanto supo de las injusticias de los hombres, al Divino Crucificado, norte y antorcha de su corazón de creyente, acudió a sus labios una sonrisa, al sentir revolar en su conciencia de moribunda aquellos dos versos de la poesía a la muerte de Heredia:

Allí jamás la gloria se mancilla
y eterno el sol de la justicia brilla

ALBERTO LÓPEZ ARGÜELLO.

---

(1) V. el *Florilegio de poesías castellanas* de D. Juan Valera. Tomo V.